

El ojo crítico

José Lois Estévez

La educación y sus fines



Si reflexionamos sobre las causas de cuanto no va bien en España, no será difícil inferir que se deben a fallos educativos. Podría mencionar muchísimos ejemplos.

Pero citaré sólo los principales, a mi juicio, dos: La despoblación y el paro. Por la despoblación las naciones acababan desapareciendo, substituídas por grupos migratorios heterogéneos de inferior nivel. Y con el paro se produce un empobrecimiento colectivo, que acarrea injustas desigualdades y eleva al máximo la entropía política.

Para ver de qué modo se relacionan ambas efectos con deficiencias educativas, permítasenos una aparatosa digresión.

A la pregunta: ¿Para qué se educa? Las respuestas de los filósofos y científicos que se han ocupado con profundidad de tema tan trascendental no ha sido unívoca. Tras ella se encuentra la eterna cuestión de qué hacemos los hombres en el mundo: por qué y para qué existimos. Y de ahí, las concepciones educativas: la teológica o metafísica, resumida en aquella célebre expresión: ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? La política, que se propone preparar para la vida en sociedad; la hedonista, que reduce sus objetivos a capacitar a cada uno para ser feliz y la individualista o liberal, que, abdicando de motivaciones utilitarias, respeta la libertad del educando y simplemente le ayuda a desenvolver sus potencialidades originarias para ser capaz de conseguir, autodeterminándose, sus propios fines.

Las teorías educativas nunca son inertes. Esparta y Atenas dirimieron a mano armada dos diferentes credos educativos. Esparta llevó a sus últimas consecuencias la concepción política de la educación e hizo del hombre un engranaje insignificante en la maquinaria dominadora de aquella polis. Atenas, en cambio, a pesar de la propuesta socialista platónica, deslumbrada por el militarismo espartano, practicó la no injerencia política en la docencia. Los resultados, a la vista están. Esparta fue culturalmente casi estéril mientras que Atenas enriqueció con grandes aportaciones el acervo humano.

Digamos que tanto Esparta como Atenas procedían con lógica. La educación espartana era buena para la finalidad que se proponía conseguir. Pero la de Atenas estaba también en consonancia con sus propósitos.

Supongamos expuestas ante noso-

tros las diferentes teorías sobre la educación. ¿Como establecer la preferencia entre unas u otras?

No como lo están haciendo actualmente nuestros universitarios, con protestas callejeras, manifestaciones o huelgas. Reconozcamos que tampoco las doctrinas pedagógicas deban ser impuestas. Porque, o puede ser demostrada su verdad mediante el método científico -y toda Universidad ha de ser ducha en él para confirmar o refutar sus propias tesis, pues, si no, está evidentemente retrasada- o no cabe verdad-falsedad en el tema y el tratamiento decisivo entonces habrá de ser extracientífico; pero nunca tampoco una pugna de intereses o poderes, siempre antipática y absurda.

No es cuestión de discutir aquí el inmenso tema subyacente. Lo que procedería, donde el método científico no dé respuesta, es no juzgar entre las teorías pedagógicas, si abandonarse a la ley de los grandes números, y, confiando sólo a ella la compensación del error, representarse sus posibles efectos, y dejar que cada uno saque sus conclusiones.

Esto estrictamente las ventajas de la autonomía universitaria. Si es auténtica, si cada Universidad desarrolla su propio concepto de la docencia sin imposiciones extrañas, los resultados formativos en su alumnado serán la medida visible de la eficiencia o ineficiencia de sus planteamientos.

En tal caso la Universidad tendría que ser una empresa más, en competencia con todas las otras. Pero, claro, sería esencial entonces que todas las universidades estuvieran sometidas a la ley de supervivencia de las más aptas. Que las dotaciones públicas recibidas por cada una estuvieran en función a sus egresados con empleo, no al número de sus titulados.

No voy a negar que esta propuesta carezca de contraindicaciones. A priori tiene ya una bien delicada. Supone hacer un gran experimento, no con gaseosa, sino con enorme número de los discentes españoles. Y esto no satisface a nadie. Precisamente, la falta de lucidez con que se enfocan en España los problemas educativos resaltan en un hecho: Desde la Ley Moyano, que data de 1857, casi cada ministro de Instrucción Pública, como antes se llamaba, traía en sus alforjas un Plan de Estudios General para imponerlo a cualquier precio, aunque lo escribiera sobre agua...

Emulando a Penélope, cada uno tejía para que el siguiente pudiera destejir. No había que ser profeta para vaticinar el resultado: Un edificio derruido en sus inicios para recomenzar su construcción. Sólo había conformidad en una cosa: En que ningún Plan merecía ser conservado.

Piensen algunos que ha de ser establecido por consenso un Plan de Educación general, equiparable, por ejemplo, al Hidrológico. Pero, aunque ambos planes impliquen experimentos comprometidos, son de trascendencia muy desigual. No importa que uno y otro hayan de comprobarse a posteriori. El primero entraña tratar a seres humanos como instrumentos para una prueba, con lo que supone ya un prejuicio recusable.

Lo único, pues, que podemos permitirnos, como axioma, en educación es dejar a cada uno elegir libremente y probar, por tanteo y error y en pequeña escala, los planes pedagógicos que se van poniendo en práctica, como consecuencia lógica de sus respectivas premisas.

Ahora bien, una vez más se ha de proceder por aproximaciones sucesivas. Sólo los mejores resultados formativos, no especulaciones previas, nos permitirán obtener conclusiones, con tal de introducir las oportunas variaciones concomitantes. Siempre cuidando de no incurrir en precipitación al extraerlas, sino tomando en cuenta la diversidad dimanante de las circunstancias personales que provienen de tiempo y lugar.

Las comunidades primitivas, como el clan, la tribu y aun la polis respiraban autenticidad. Eran el resultado de una colaboración voluntaria entre unidades familiares autónomas para su mutuo beneficio. Los grupos se conocían entre sí; sabían qué podían esperar unos de otros; qué tenían, qué les hacía falta y qué se podía esperar de cada cual. Las carencias o penurias eran sabidas para todos. Las necesidades a que debería atender la educación no podían ser ignoradas por nadie. Como la supervivencia del grupo dependía de una respuesta certera a todas ellas, los padres y los jefes eran conscientes de lo que habían de enseñar a sus hijos.

Hoy, ¿cómo anticipar lo que necesitará cada uno para desempeñar el puesto de trabajo? Nos hemos perdido en una baraundería de posibilidades abstractas.



Sorte do paxariño

Blasfemia universal

NESTES tempos que corren, cibernéticos pero brutais, virtuais pero fanáticos, de ideoloxías pretenciosas, de crenzas intocables, de culturas prepotentes, de libros sacros inapelables, de popes infalibles, de talibáns tolos e xustizas infinitas, cómpre dicir de corrido, que todos nós, por xunto e por encantados que esteamos coas nosas soberbias, non somos ningúen: mínimas toupas, furando cegos nunha mínima toupeira, nun mínimo intre dunha mínima historia. Coídamos que o sol alumea para nós, ¡coitadiños! O sol brilou infinitos séculos denantes da nosa chegada, e seguirá a brilar infinitos séculos despois da nosa partida. E creamos a Deus, a nosa imaxe e semellanza. ¡Menuda blasfemia!

Carlos Mella

Milenio

Gran Juego 2001

El presidente Burhanudin Rabani, profesor de ley islámica de 61 años, reconocido por la ONU como presidente de Afganistán, ha vuelto al palacio de Kabul del que le echaron en 1996. "La victoria contra los talibanes no corresponde sólo a un grupo étnico, sino a toda la nación afgana" ha afirmado Rabani. Ese es el nudo gordiano, los grupos étnicos. Rabani es el presidente de la Alianza del Norte, pertenece a la minoría tayika. Para la mayoría pastún no representa nada.

Kabul es el escenario, con más participantes que en el siglo XIX, del nuevo Gran Juego del que habló Rudyard Kipling entre británicos y rusos, las tribus, las potencias internacionales, los señores de la guerra, los ejércitos privados. Se lucha por el poder.

Rabani fue presidente durante cuatro años, nada gloriosos, porque demostró que, sectario y sin personalidad, era incapaz de contener las peleas internas entre los 'muyahidines' (guerrilleros en el camino de Dios). Bajo su mandato, Kabul quedó destruido en gran parte. Una hoja de servicios empañada por la muerte violenta de unas 50.000 personas.

No es Rabani un hombre carismático. Clérigo e islamista radical en la Universidad de Kabul en los años 70 hubo de escapar hacia el exilio. Hoy se cuenta en los mentideros de la Alianza del Norte que el presidente se lleva muy mal con algunos de los comandantes militares. Con quien se llevó bien fue con Masud, el león del Panshir, asesinado por dos periodistas-suicidas de origen norteafricano dos días antes del 11 de septiembre. Asud era el caudillo natural del valle del Panshir, el hombre que abandonado por Occidente se enfrentó sólo contra los talibanes.

La Alianza del Norte ha puesto las cosas claras: no quieren oír hablar del ex rey Zahir, candidato de Estados Unidos para encabezar ese gobierno de amplia base. Tampoco la hace muy feliz la idea de que entren en tromba los ejércitos extranjeros. Tan sólo toleraría unos cuantos destacamentos para garantizar la entrega de la ayuda humanitaria. Esto es lo que temía Estados Unidos, que la Alianza hiciera valer derechos de conquista para marcar los planes del futuro y dictar las condiciones del nuevo orden afgano.

No hace falta decir que la Alianza, que tiene sobre su espalda crímenes y violación de los derechos humanos, es de signo nacionalista e integrista en materia de religión. Se creen con derecho a mandar sobre Afganistán cuando tayikos y uzbekos son minoría frente a los pastunes (38 por ciento). ¿Quién anda esta mosca por el rabo? Estados Unidos y los europeos deberán ejercer toda la presión posible para evitar una reanudación de la guerra civil. Porque estas graves diferencias pueden traducirse en algo que los afganos conocen bien. Menos mal que la ONU tiene en el argelino Lajtar Brahimi al hombre adecuado para intentar si no la reconciliación, por lo menos un acuerdo de mínimos para la formación del gobierno. El desastre que ha vivido el país durante 23 años no ha bastado para acercar posiciones, para alejar el fantasma del guerracivilismo.

Manuel Leguineche



Frases del día



PETER CARUANA

“Estoy seguro de que Blair no va a defraudar a los gibraltareños por su amistad con Aznar”



JIMÉNEZ DE PARGA

“Es posible y deseable incluir al entorno de ETA en la lista internacional contra el terrorismo”



JOSEP PIQUÉ

“Hay que propiciar una transición pacífica en Cuba que mejore las condiciones de vida de los cubanos”



COLIN POWELL

“Arafat debe hacer un esfuerzo para detener al cien por cien la violencia y negociar la paz”



ZINEDINE ZIDANE

“En este partido me he sentido como jugando con Francia, con muy buenas vibraciones”